

Arnold Chapman

## Don Luis Orrego Luco y la vida en Chile



CHILE ha tenido muchos costumbristas, demasiados tal vez. Con razón se ha señalado que la descripción somera de las costumbres no es, por hábil o pintoresca que sea, una obra de mucho peso artístico; y que además, en casos como el de Chile, se secan pronto las poco caudalosas fuentes de originalidad que rinde el costumbrismo, puesto que el mundo fenomenal tiene límites fijos. Pero esto no quiere decir que el costumbrista sea siempre algo menos que artista; porque desde luego hay algunos que saben transcribir una verdadera arte plástica. Hay además otros que ahondando en el substrato de la conciencia humana para dar vida a los fenómenos, saben realizar un cuadro que además de ser costumbrista, tiene valor duradero, como *interpretación* y no sólo *observación*.

En esto consiste el éxito de las mejores páginas de don Luis Orrego Luco, el patriarca de las letras contemporáneas de Chile. A través de una larga vida, Orrego Luco se ha dedicado a una tarea principalmente: la de conocer y dar a conocer cuantos aspectos de su patria se sentía capaz de abarcar literariamente. Del pasado recibió una herencia: el costumbrismo realista de Blest Gana; la asimiló y la juntó con nuevas técnicas y dotes

personales para elaborar orgánicamente una serie de novelas que concretan todo un momento de la historia social de Chile. Esto lo pudo Orrego Luco porque con criterio siempre medurado ha sabido esquivar la trampa del exotismo literario y ha buscado el ritmo de lo conocido, probando las emociones en su propia experiencia antes de encajarlas en sus personajes. La concordanza del hombre con su medio ambiente que pide Taine, se produce en Orrego Luco. Aristócrata, se puso a examinar la aristocracia, cosa rara en Chile hasta entonces, por lo menos en la literatura seria. Pero aun así el hecho tendría poco de particular si se tratase de un álbum fotográfico, una galería de retratos o paisajes verbales y nada más. Lo sobresaliente es la perspectiva de su clase social que nos revela Orrego Luco, valiéndose de dos claves: una, un objetivismo verdadero, negación de los prejuicios de casta y la otra, la percepción de un dramatismo vital que en sus narraciones infundiera movimiento. La vida de este autor nos muestra algo tocante al origen y desarrollo de las dos fases, junto con una apreciación de las fuerzas que amoldaron el hombre total.

Desde la cuna el novelista estaba rodeado de condiciones favorables, tanto temporales como intelectuales. Su padre, don Antonio Orrego Garmendia, trajo al matrimonio una fortuna cuantiosa, aunque estuvo a punto de perderla después. Su madre, doña Rosalía Luco de la Barra, pertenecía a una de las estirpes más ilustres de Chile, no sólo por ser de la Barra sino también porque contaba entre sus antepasados a los abuelos de Guillermo y Alberto Blest Gana. Del hogar así constituido salieron cuatro hombres que habían de enriquecer la cultura artística y científica de su patria: Luis, novelista; Alberto, pintor de talento; Augusto, médico, catedrático, letrado; Emilio, estadista. Era bueno el ejemplo de los padres: en ellos se mezclaron las cualidades más estimables que ha ofrecido la aristocracia chilena, y Luis Orrego Luco había de rendir tributo a los dos

cuando llegó a analizar la clase alta, puntualizando tanto sus defectos como sus méritos.

Nacido en Santiago el 20 de mayo de 1866, Orrego Luco desde sus primeros años salió del marco netamente chileno cuando de niño se le envió a una escuela de Suiza. No hay que insistir demasiado en estas humanidades europeas, pues no tuvieron trascendencia visible en sus novelas; pero es muy posible que le ayudasen a mantener una objetividad subconsciente al tratar materias indígenas. Pudo prolongar su contacto con la pedagogía europea aun después de su vuelta a Chile matriculándose en el Colegio Inglés de Santiago. Siguió luego el sendero educativo que era de rigor para los de su clase social. Ingresó en el Instituto Nacional de Santiago, donde obtuvo bachillerato en Humanidades. Luego, ciñéndose a las normas, pasó a la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile al mismo tiempo que perfeccionó sus estudios con un aprendizaje de la técnica jurídica como archivista en el Ministerio del Interior. Se le concedió la licencia en Derecho, pero no se dedicó en seguida a su nueva profesión, a causa de nuevos intereses que se interponían.

Hasta aquí, una vida «normal», los preparativos para una carrera y una existencia sin relieves, tales como las describe Orrego Luco con tanto acierto en sus novelas. Queda en pie, sin embargo, el hecho de que él tomó otro camino para llegar a fines poco rutinarios. Puede encontrarse la explicación parcial en la llegada de Rubén Darío a Chile en el año 1886. Sabido es que Darío pronto se afilió con *La Epoca* de Santiago, y que allí desplegó su arte de gran poeta; pero da la casualidad de que uno de los hermanos de Luis Orrego Luco, Augusto, era entonces redactor en jefe de *La Epoca*, y que el joven Luis también se hallaba asociado con el periódico desde 1885, colaborando como redactor desde 1887 hasta 1890, año en que se clausuró *La Epoca*. En esta forma realizó un ensueño que hubieran deseado realizar muchos literatos en ciernes: el de conocer muy de cerca a Rubén y de contagiarse un poco con su fiebre poética. Hasta

puede decirse que Orrego Luco y Darío fueron amigos, aunque no de los más íntimos. Ambos participaron en las tertulias cotidianas que se celebraron en la sala de redacción de *La Época*; y en su *Autobiografía* Darío habla de él con afecto y recuerda los paseos nocturnos que daban juntos. El poeta además le dedicó la versión primitiva de su cuento «El Fardo» (1). Pero también es cierto que Orrego Luco no perdonaba faltas de refinamiento en el nicaragüense, y que ciertas palabras suyas hirieron a Darío (2).

Estos años no sólo eran de gran provecho para el desarrollo literario de Orrego Luco, sino que también le llenaban el alma de regocijos, a juzgar por el acento de nostalgia que trascienden sus palabras al describirlos más tarde. Fué una existencia que le puso en contacto con un círculo bohemio, en el cual aprendió ese juvenil pesimismo de verse muy por encima del resto del mundo y estimarse además incomprendido. En años posteriores recordó esta época, dirigiéndose a un antiguo compañero de trabajo:

... De vez en cuando interrumpía mi tarea para cambiar contigo, el viejo amigo de los malos tiempos, unas cuantas frases amargas y tristes. El escepticismo de la vida nos subía al corazón, nos sentíamos solos en el mundo y teníamos ganas de llorar. Tú que te hallabas muy lejos de los tuyos y que habías abandonado la provincia con la esperanza de *ser algo*, tenías razón; yo, no la tenía. Era escéptico en parte por imitación, en parte por pesimismo natural (3).

Se dejó compenetrar por el ambiente vibrante, «de tinta y

---

(1) Raúl Silva Castro, *Rubén Darío y Chile*. Santiago, Impr. «La Tracción», 1930, p. 66.

(2) Armando Donoso, «Rubén Darío en Chile», en *Obras de juventud de Rubén Darío*. Santiago, Nascimento, 1927, p. 39.

(3) *Páginas americanas*, pp. 29-30.

parafina»; y se dedicó a escribir cuentos y artículos que iban apareciendo en las columnas de *La Época*.

Pero en este tranquilo período de maduración, de carácter más o menos artificial, se abrió un paréntesis. Fué menester dejar bruscamente la pluma de oro y las melancolías postizas: estalló la Revolución del 91, una guerra que paralizó todas las actividades normales de la capital. Los jóvenes aristócratas renunciaron a sus placeres, a su vida de sociedad frívola, para alistarse como oficiales en el ejército de la Oposición, empeñados en derrocar al Presidente Balmaceda y librar el país, según creían, de la tiranía. Como aristócrata, Orrego Luco acudió a la llamada y se le nombró jefe de regimiento. Con evidente entusiasmo se metió en la lucha, participando en las batallas decisivas de Tarapacá, Concón y Placilla. En Concón le derribó una bala congresista, y gravemente herido le llevaron a Santiago, pero no tardó en salir victoriosa su juventud y la convalecencia fué rápida.

Orrego Luco volvió de la guerra con la mente atestada de escenas de batalla, las que veinte y tres años más tarde utilizó con provecho novelesco en *Al través de la tempestad*, donde refiere con exactitud casi autobiográfica las sensaciones que experimenta un militar al ser herido en una pierna, a la par que describe muchas otras impresiones dramáticas de las campañas. En la vida del novelista lo que más resalta es que entre los fragores de la lucha, cuando sentía cercana la muerte, se le fué la juventud. Tal vez la convalecencia, período de sosiego en que se presentan una por una las imágenes y las emociones de una época anterior para ser valorizadas, le afirmara en su papel de intérprete concienzudo de la vida chilena. Las obras posteriores a esta fecha muestran las huellas de largas y serenas reflexiones.

Terminada la guerra, se repartieron los frutos de la victoria; a Orrego Luco le tocó a la vez recibir los suyos e inaugurar una nueva carrera. Nueva, sí, pero casi inevitable dadas sus familias, sus aficiones literarias y su profesión de abogado. Le nombraron

Cónsul General y Agregado Comercial en Madrid. De allí en adelante había de complementar la vida de diplomático y político con sus trabajos literarios. En el presente caso el puesto público duró poco; pero aunque se quedó en Madrid sólo un año sacó bastante provecho. En noviembre de 1892 entregó a una casa editorial madrileña un manuscrito que al publicarse llevaba el título *Páginas americanas*. Al decir del autor, muchos de los cuentos que constituyen el libro había sido publicados con anterioridad en Chile, de los diez y ocho que van en la colección, trece llevan fechas entre 1887 y 1891. Entre los restantes hay varios que a juzgar por su tono de reminiscencia fueron compuestos después de la llegada a España.

Vale la pena detenerse a examinar esta obra porque contiene los gérmenes de un arte y da algunos indicios de la personalidad del escritor. Además, estas páginas han escapado por muchos años de la mirada de los críticos. A su libro, Orrego Luco fijó un Prólogo en que expuso su procedencia y sus fines. Después de manifestar a sus lectores ibéricos que los escritores americanos difieren de los españoles en que han sido sometidos a influencias extranjeras—en gran parte francesas e inglesas—pasa a decir que su propósito es el de esclarecer esa distinción. Luego afirma sus principios:

... El que... leyere (estas páginas) no encontrará en ellas ni descripciones de nuestras montañas ni de nuestras selvas; eso queda para los poetas, y yo, desgraciadamente no lo soy. Trato simplemente de percibir y de reproducir al vuelo un eco de drama, un sentimiento noble, una sensación brutal, un ensueño, una ternura, un egoísmo, un crimen de seda.

Desearía hacerlo con la mayor suma de sencillez y de sinceridad posible, como desprendiéndome de mi propia persona y aprovechando la trama de asuntos vulgares a

veces para incrustar en ellos observaciones, ligeros apuntes cortados en la carne de la vida (4).

Su autocrítica resulta más certera de lo que suelen ser semejantes manifiestos: otra prueba más de un cerebro equilibrado. En cuanto a la primera afirmación, es cierto que el escritor no ha ensayado más que una descripción muy superficial de la Naturaleza «indomada», puesto que se limita por lo común a los jardines. Ni ha podido jamás salir con éxito en tal especie de descripción, bien que más tarde hubo de emprender retratos del paisaje chileno. No obstante esto, su prosa a veces se aproxima a la pauta estilística del Modernismo. He aquí un ejemplo:

...Hernán la sostenía por el talle, y ella, apoyada suavemente en su hombro, palpitaba como una paloma. Vi que se abrazaban y sentí un rumor apagado de besos, algo como un aleteo, algo celeste, infinito... allá en la obscuridad (5).

Orrego Luco se interesa primordialmente por los seres humanos, y a pesar de no ser poeta en lo de la técnica, sí merece el título por la delicadeza de su interpretación del alma humana.

Sus ensayos de dramatismo, en situaciones dinámicas son un rasgo sobresaliente del libro. La empresa no fué coronada con el éxito. Las situaciones son en su mayoría trilledísimas. «Una mujer admirable» es una versión más del relato de Enoch Arden; «Las rosas» trata de la joven hermosa que, estando casada con un viejo, se siente atraída fatalmente por un joven de sus años; en «Angela» una mujer pérfida abandona a su amante cuando éste se está muriendo. En todo esto se ve una inclinación a lo melodramático y un patetismo exagerado que desmoronan estos «ecos de drama».

---

(4) *Ibid.*, p. 7.

(5) *Ibid.*, p. 116.

Por todas estas páginas corre la teoría de que la felicidad humana, frágil cual copo de nieve, está sometida a un Destino malévolos que nos guarda crueles sorpresas, obrando ya sea directamente o por medio de la maldad del hombre para su prójimo. El instrumento predilecto del destino es la mujer. «Las mujeres»—dice el autor—«son demonios en ciertos instantes de la vida y ángeles en otros». Estas ideas son fruto del pesimismo que Orrego Luco percibió en su propio carácter, un pesimismo debido en parte a la imitación. Se podría señalar lo que si no es influencia, cuando menos es paralelo en los sentimientos inmaduros de los *Abrojos* de Darío. Este pesimismo más o menos hueco y esa romántica doctrina del Destino enemigo, que por lo evidente hubieran cegado al novelista para el realismo, los iría descartando Orrego Luco a partir de *Páginas americanas*. Que no se deshizo de ellos por completo, y que hasta volvió al fin sobre sus pasos, se verá en obras posteriores. Y aun así, este sesgo juvenil no está totalmente exento de significado, porque ilustra la preocupación temprana con la psicología y encantos femeninos que forma como un marco de su obra total: con deleite describe los vestidos, los gestos, el sutil «*odore di femina*».

Esbozadas ya en *Páginas americanas* hay ciertas situaciones germinales que al desplegarse habían de componer el argumento de las novelas. «Un casamiento a la moda», por ejemplo, pesa las fuerzas sociales que secretamente impulsa a los individuos hasta el matrimonio; mecanismo que tiene su parecido notable con el primer episodio de *Casa grande*. A «Un baile de máscaras», que revela ocultas corrientes de amor y celos que circulan bajo la superficie brillante de un baile de buen tono, sigue casi al pie de la letra un episodio decisivo de *Un idilio nuevo*. Y el personaje Hernán de «Angela», un lechuguino inútil que malgasta su herencia entre los vicios de París, es destacado con marcada intención social, y podría ser el molde en que están acuñados muchos tipos que pasean su ridiculez por las páginas de Orrego Luco.



Una característica menor que el autor dejó sin mencionar en su Prólogo, es la nota festiva, que se encuentra aquí en algunos relatos. Orrego Luco no ha sobresalido nunca como humorista: lo más distintivo de su crítica social ha sido siempre el dejo de amargura, como quien siente más lástima que júbilo al contemplar las flaquezas humanas. El tono uniformemente grave de sus escritos posteriores es, tal vez, resultado de una autocrítica, porque en *Páginas americanas* los pasajes escritos con propósito de broma, resultan cansados y banales.

La estancia de Orrego Luco en España contribuyó también al desarrollo de sus poderes de observador. Mientras estuvo en la madre patria, lo miró todo y captó bien los detalles. Al terminar su plazo oficial en Madrid, hizo unos viajes por Europa. Luego recibió otro nombramiento consular, esta vez en Río de Janeiro; y al año siguiente volvió a Chile para ocupar la intendencia de Colchagua. En esta época se ocupó también de elaborar el material que había juntado en Europa. Por fin, en 1896 fué publicado *Pandereta*, un libro de ensayos sobre hombres ilustres, artes, costumbres y tierras de la España contemporánea. Una obra similar apareció al año siguiente con el título de *Un mundo muerto*, donde están recogidos sus recuerdos de viaje en Italia. Este libro parece tener en sí poca distinción. Los dos libros de bocetos turísticos no carecen, sin embargo, de importancia; al contrario, quedan como testigos de un ensanchamiento ideológico en contacto con la vieja cultura.

Descargada ya la mente de sus impresiones de viaje, le atraían fines más elevados. En su imaginación estaba formándose otro plan de mayor amplitud: una serie de novelas que presentasen e interpretasen ese sector de la vida social de Santiago en que vivía él, teatro ahora de palpitantes conflictos y cambios. Inició Orrego Luco las «Escenas de la Vida en Chile» en septiembre de 1898 cuando en su retiro del Romeral en Santiago empezó a escribir *Un idilio nuevo*. Como otras muchas novelas chilenas, ésta iba apareciendo en una revista, en este caso la

*Revista de Chile*, de 1899. Para fines de marzo de 1900 estuvo completa la obra y publicada como libro; y el público pudo leer la primera novela social chilena que por su seriedad era digna de compararse con las de Blest Gana.

En *Un idilio nuevo* se narra la vida de un joven provinciano Antonio Fernández, quien llega a Santiago para estudiar en la Universidad. Aunque sus padres son de la aristocracia, han venido a menos, y el joven se ve embargado por falta de dinero. Siente, sin embargo, el impulso atávico y quiere recobrar lo que considera su debido rango social. Se lanza al proceloso mar del «gran mundo» santiaguino, pero le salen al paso dificultades económicas, y su caso se embrolla aun más cuando se enamora de su prima aristocrática, Julia Fernández. Desde aquel momento todo se reduce a un conflicto interior. Un intento fracasado de suicidio le trae el consuelo del amor, pero dura poco porque ella se niega a casarse con él mientras sea pobre. La codicia de dinero entonces se apodera de Fernández; acude al tapete verde, pierde cuanto posee, y por fin toma ilícitamente fondos que no le pertenecen. Al ser descubierto tiene que huir a Bolivia llevando consigo los restos de su Idilio.

A raíz de esta obra puede Orrego Luco llamarse novelista porque ha cumplido con los requisitos formales. Esta ya no es una mera colección de escritos fragmentarios sino un libro extenso, de 637 páginas en la segunda edición. Además, luce una trama bien definida y desarrollada de acuerdo con las reglas novelísticas. El público le aceptó; su libro tuvo un éxito modesto y el flamante novelista pudo tomar alientos para seguir su carrera literaria.

*Un idilio nuevo* logra establecer un equilibrio entre originalidad y sujeción a modelos. La situación céntrica de la narración es como eco lejano de otras historias: la del Rastignac de Balzac, del Martín Rivas de Blest Gana o del León Zaldívar de Ocantos. A pesar de estas indiscutibles semejanzas, no conviene repetir con el ilustre crítico don Domingo Melfi que la novela de Orrego

Luco se coloca plenamente dentro de la estela de *Martín Rivas* (6). Fernández, un decadente, no puede representar, como lo representaba Rivas, el vigor virgen de las provincias; además, el cuento de esa vida desastrada no se compone tanto de acciones físicas, tales como las pinta el realismo de Blest Gana, como de acontecimientos psicológicos.

Defecto de la novela es su sentimentalismo, en donde los suspiros y las lágrimas se suceden con regularidad algo soporífera. Este refinamiento de lo sentimental habría llegado a empalagar si la realidad no hubiese acudido siempre para impedir el derrumbe completo de la narración. Los cuadros costumbristas y los muchos personajes menores—tipos representativos—mantienen un equilibrio; y no hay que olvidar que lo del «idilio» es ironía, porque Julia Fernández dista mucho de ser la heroína romántica de Blest Gana, y Orrego Luco no pudo dar sinceramente un desenlace feliz.

Con todo, *Un idilio nuevo* realiza el propósito del escritor, de revelar la vida chilena; no en su totalidad, de seguro, sino en una de sus fases hasta entonces poca delineada. Orrego Luco da la primera representación convincente de la clase alta en Chile, dando a conocer, con desilusión, el hermetismo de ésta para todo intruso.

Aunque dominaba ya la técnica novelística, Orrego Luco no siguió con el género por lo pronto porque le tocaron trabajos de otra laya. En 1900 fué nombrado Catedrático de Derecho Internacional en la Universidad de Chile, un puesto que ocupó tres años. Combinó durante esta época sus talentos literarios con sus conocimientos jurídicos para producir una obra larga en tres tomos sobre los problemas internacionales de Chile. De estas graves labores pasó luego al periodismo y las bellas letras, iniciando la composición de una segunda novela, que salió a luz en

---

(6) Domingo Melfi D., *Estudios de literatura chilena (primera serie)* Santiago, Nascimento, 1938, pp. 9 y 178.

1906 con el título de 1810: *Memorias de un voluntario de la patria vieja*.

El hilo de la narración se desenvuelve en Santiago cuando los consabidos sucesos de 1810 en España y en Chile: derrocamiento del monarca español, conatos de gobiernos autóctonos de parte de la Colonia. Entre el vaivén de acciones y palabras enardecidas se encuentra el protagonista y narrador, el joven Rafaelillo. Huérfano, es protegido por su tío; como mensajero particular de éste, Rafaelillo llega a compartir los secretos y los anhelos de los conspiradores criollos. Se enamora de una joven linajuda pero por ser pobre e hijo natural, no puede aspirar a casarse con Carmencita, bien que ella devuelve su amor. Hay una veta de interés secundario en los amoríos de cierto oficial y una limeña de rango. Obcecado por su pasión, el joven militar se ofrece a los realistas y muere en una escaramuza con los revolucionarios.

1810 no figura entre lo mejor de Orrego Luco. El interés del lector se distrae entre tres espectáculos: las dos parejas de enamorados y las escenas históricas; y por consiguiente ninguno alcanza importancia. En segundo lugar, la presentación del fondo histórico es debilitada por la monotonía. Expresado a menudo en larguísimos discursos a modo de diálogo de parte de eminentes personajes políticos del día, viola a cada paso la verosimilitud y nos recuerda a *Amalia*. Como el propio Marmol, Orrego Luco se defiende diciendo que ha copiado al pie de la letra las razones tales como se pronunciaron; pero aun así no se justifica. En tercer lugar, no se puede dejar de censurar la falta de originalidad que aquí se halla. Desde el título genérico—*Episodios nacionales de la Independencia de Chile*—en adelante la novela revela fuerte influjo de Galdós. Rafaelillo y Carmencita, por ejemplo, no son más que trasuntos levemente modificados de Gabriel y Rosita de *Trafalgar*. Semejante fidelidad al modelo hace cojear el comentario social que hay en las relaciones entre los dos jóvenes. Además, el novelista ha querido sobre todo hacer una reconstrucción arqueológica del pasado. Esto lo hace citando un

sin número de lugares y personas, lo cual restringe el valor del libro a lo meramente local. Hay también una buena dosis de costumbrismo a lo siglo XIX. Otro recurso que se emplea aquí es el arcaísmo calculado del lenguaje, en giros anticuados y refranes por todas partes.

La novela, en fin, sirve como animado documento histórico y poco más, Orrego Luco la escribió para llevar a cabo su retrato de la vida chilena, juzgando a la historia como parte íntegra de ella, pero se encuentra con que no domina la materia que no ha experimentado él mismo. Es hombre de su tiempo: sabe vivir y observar con intensidad, pero no puede resucitar una época muerta ya. Sea como fuere, Orrego Luco nunca volvió a sus «Episodios Nacionales»

Cuando en octubre de 1907 comenzó a escribir otra novela de la serie «*Escenas de la vida en Chile*», tenía enfocados sucesos contemporáneos. La trascendencia de este modo de ver las cosas, era más grande de lo que pudo figurarse en aquel momento. A los diez meses de empezada, *Casa grande* estaba lista para el impresor.

Aquí la acción externa se limita a un minimum, porque todo está supeditado al hecho psicológico. El teatro de la tragedia es Santiago durante los primeros años del siglo XX, de 1903 a 1906. Gabriela Sandoval, hija de una familia acaudalada y orgullosa, se prenda de Angel Heredia, quien pertenece también a una familia aristocrática pero sin fortuna. Por esta razón, el padre de Gabriela se opone al enlace. Muerto aquél, se celebra la boda; pero a medida que pasa el tiempo, Gabriela y Heredia se van alejando el uno del otro, porque su amor ha sido una ilusión forjada en el crisol de la sociedad de buen tono. Heredia es descubierto por fin en amoríos furtivos y su esposa se va de la casa. En seguida, actúa la presión social para juntarles de nuevo. Siguiendo los consejos de un sacerdote, Heredia se dirige a Europa hasta que se apacigüe el escándalo. Pero siendo víctima de una herencia sensual, se enamora de una rubia norteamericana.

Se resigna al sacrificio, sin embargo, y vuelve al lado de su esposa; pero por las costumbres lujosas de ella, se ve cerca de la ruina y jugándolo todo en la Bolsa, pierde en el tremendo desastre financiero que azotó a Chile en 1905. No puede encontrar salida a sus dificultades y, enloquecido, mata a Gabriela.

En esta, su mejor obra, Orrego Luco acierta como nunca en su revelación de la vida chilena. Para realizarla, se ha valido del método que ha ido perfeccionando al través de sus libros anteriores: el de escoger tipos lo más representativos de la época y del sector social que quería describir. Angel Heredia y Gabriela Sandoval sintetizan la juventud trágica de la clase alta en Chile: presionados entre dos épocas—la vieja y la nueva—están llenos de contradicciones y su vida es una pesadilla. En Heredia se encuentran las rancias preocupaciones del encomendero pero frustradas entre las complejidades de una sociedad que pretende vivir a la moda parisiense. Tiene además el sensualismo criollo que podía desahogarse en el latifundio pero que se estrella contra el puritanismo chileno de la ciudad. Gabriela, por su parte, comparte la infinita ignorancia de la mujer «decente» en todo asunto práctico, con un sentimentalismo romántico y difuso que no le deja ver ni lo que es el hombre ni lo que es la vida.

Es más que un ataque a una sociedad caduca, agobiada por antiguos prejuicios: es la tragedia interior que se libra en el corazón de una cultura, y por ende supera a los muchos libros de pura propaganda que por entonces empezaban a descargarse contra la aristocracia. Da en forma artística la ironía tenebrosa de las fuerzas sociales que destrozan a individuos casi sin que se den cuenta.

Con la publicación de *Casa grande* se desató una tempestad de proporciones históricas. ¡Un hombre se había permitido criticar sin ambages a los oligarcas que se habían considerado inexpugnables! Si el ataque hubiese sido torpe u obra de un cualquiera, habría sido acogido con apatía desdeñosa. Orrego Luco, al contrario, sabía bien a las claras de lo que hablaba, y todos

le conocían a él y a su familia. Como traición, entonces, *Casa grande* motivó escándalos y aspavientos. Puesto que todo esto no podía expresarse abiertamente, las acusaciones dirigidas a Orrego Luco se reducían a dos principales: imprudencia e inmoralidad. Dentro del primer concepto, se pretendió que el novelista se había servido de individuos conocidos al escoger sus personajes. Otros trataron de maniobrar dentro del recinto literario afirmando que quien toma sus personajes de la vida real no crea sino que sólo saca fotografías. Orrego Luco replicó que ésa era la técnica de escritores tan renombrados como Daudet, Disraeli, Thackeray, Coloma, Maupassant y Bourget. El bando enemigo hizo su postrer disparo entonces, quejándose de que aunque fuera ésa la verdad, era culpable al imitar a Maupassant. Críticos favorables, como lo fué Vaisse, no tardaron en contestar que cualquier artista que sea sincero, o se valdría de sus propias observaciones o se dedicará exclusivamente a novelas históricas (7).

Pasada apenas la primera fase de estas discusiones, se abrió otra nueva en que se castigaba a Orrego Luco por difundir la inmoralidad: que profanaba la santidad del matrimonio, que proponía el divorcio legal, y así por el estilo; pero lo peor de todo era que atacaba a la Iglesia al mostrar su ineficacia para evitar un crimen y al presentar a un cura de un modo poco favorable. Cierta crítica de tendencias conservadoras llega al extremo de afirmar que al fin y al cabo el cuadro de «maldad» en *Casa grande* no es verosímil. Dice él: «El ambiente es malsano, ficticio, cargado de sensualidad» (8).

Se puede creer que a Orrego Luco le desagradaban sobremanera estas críticas. La situación era para poner a prueba los

---

(7) Emilio Vaisse, *La vida literaria en Chile, primera serie*. Santiago, «La Ilustración», 1909, pp. 128-135, 145-166.

(8) Pedro Nolasco Cruz, *Estudios sobre la literatura chilena*. Santiago Nascimento, 1940, tomo III, p. 10.

atrás las estrecheces de su origen humilde, es una síntesis de la clase que por aquellos años empieza a conquistar con fuerzas propias una aventajada posición económica, pero que todavía no se atreve a reclamar privilegios sociales. Anfión Escanilla, es una interpretación de la clase media que con facultades aguzadas por la necesidad sirve de consejero político a la casta dirigente, pero en una anonimidad vergonzante. El Capitán Araneda, robusto retoño del tronco mestizo, exterioriza los humildes ideales que permite una educación escasa. Del roto Apablaza no hay que decir nada, puesto que es mero calco del roto Cámara de Blest Gana en *Durante la Reconquista*

En cuanto a la estética, *En familia* supera en mucho a *Al través de la tempestad*. Aquí el novelista no resiste las seducciones de la novela histórica, y por consiguiente su libro está sobrecargado con una variedad enciclopédica de materias: conversaciones verídicas entre los personajes políticos, descripciones detalladas de batallas, cuadros de costumbres, trama novelesca. Tal mescolanza no permite que sobresalga nada en particular, como ocurría en *1810*; con la sola excepción de que los cuadros de batalla y de campaña tienen mucha viveza, por ser transcripciones de lo experimentado por el autor en la realidad.

En 1918 apareció un segundo volumen de cuentos con el título *De la vida que pasa...* Los nueve relatos demuestran varias técnicas, no todas manejadas con suerte: uno sigue la vena de Zola, muchos se ajustan a lo sentimental, otros son cuadros de costumbres. Son éstos los que atraen más la atención, porque en ellos el escritor vuelve al mismo cuaderno de apuntes de que había sacado sus novelas. Hasta los mismos personajes de *Casa grande* y de *Un idilio nuevo* renacen en un cuento. Si hay una base coherente para una técnica en los cuentos de Orrego Luco, es la que formula de este modo: «La vida es así. Se compone de pequeñas cosas, de sucesos triviales y baladíes, entre los cuales, sólo muy a las perdidas aparece el drama con toda su complica-



ción sentimental y trágica» (10). El problema planteado por semejante doctrina es, por su puesto, cómo encontrar la manera de alzar la materia desde sus comienzos triviales y baladíes; y es un problema que Orrego Luco no acierta a resolver. El cuento «Un pobre diablo», sin embargo, tiene méritos que casi justifican a Orrego Luco como cuentista.

Después de la publicación de este libro Orrego Luco se lanzó de nuevo al servicio público y dejó de escribir por el momento obras de extensión. Fué diputado y en seguida Ministro de Instrucción Pública y Justicia. Dos años más tarde se le dió el puesto de Ministro Plenipotenciario en Colombia, y comenzó una década de ausencia de Chile, pasando al Uruguay en 1923 como Embajador y Ministro Plenipotenciario. Cuando el casamiento de su hijo en 1929 volvió a visitar a su patria y es probable que trajese consigo el manuscritos de *El tronco herido*, novela que había empezado en Bogotá y terminado en Montevideo, con un epílogo que pudo ser escrito en Santiago. Después de su breve estada en Santiago regresó a su puesto diplomático, pero a los sesenta y cinco años se retiró de la vida pública. Ha llevado desde entonces en su casa de Santiago una vida de retiro absoluto, con la excepción de su entrada en la Academia.

*El tronco herido* es hasta ahora la última de sus obras novelesísticas; deja oír la voz de un hombre ya entrado en años, quien habla con acento de reminiscencia al poner fin a las «Escenas de la Vida en Chile». La novela trata de los amores de Fernando Alvarez, joven aristocrático y decadente, y Laura, una joven casada hermosa y sentimental, que se está muriendo de tuberculosis. El conflicto se produce en lo adúltero de sus relaciones y crisis de celos. Por fin llega el desenlace cuando Fernando, enamorado de una muchacha sana y rica, con quien puede aliar su futuro, renuncia a ella por no abandonar a la moribunda. El tiene que salir del país desterrado. Cuando regresa, como ex-

---

(10) *De la vida que pasa...* p. 202.

tranjero en su patria, todo ha cambiado y se acuerda de una canción del pueblo chileno:

«A la raíz de un tronco herido  
llorando está...»

*El tronco herido* no aumenta la fama de Orrego como artista; porque en conjunto es una mezcla poco juiciosa de románticos lances de amor, diálogo banal e inventarios aburridores del paisaje chileno. Con todo, es interesante ver cómo, con la edad, Orrego Luco se entrega de lleno a sus modelos franceses, para novelar una especie de amor que es más refinado en su voluptuosidad y más pródigo de detalles de lo que se permitía en otros tiempos: en *El tronco herido* lo sexual recuerda mucho a Maupassant. Además, Laura tiene un parentesco muy cercano con Marguerite Gautier. Aunque hay observación de tipos sociales entre la aristocracia, la mirada del novelista está empañada por el tiempo y la distancia; el último capítulo es pura autobiografía. Por eso es posible afirmar que su documentación efectiva de la vida chilena, empieza con los sucesos del año 1880, más o menos, y termina hacia 1920.

En resumen. No cabe duda de que Orrego Luco ha logrado hacer lo que se propuso: dar un cuadro vivo de la vida en Chile. Si es incompleto el cuadro, se debe a que su integridad de observador no le dejó sino en contadas ocasiones traspasar los límites de sus conocimientos. A trechos, sí, se agota el entusiasmo del lector; ciertos defectos tenaces siguen los pasos del autor: prolijidad, documentación histórica indigesta, falta de sentido del humor. Pero en el mejor de los casos estos momentos pasan sin causar mayor daño al asunto novelado. Y sobre todo cuando se le compara con sus contemporáneos que manejan la novela social en Chile, se reconoce la maestría de Orrego Luco en este género. Es un espíritu amplio, sano, equilibrado y casi sin prejuicios, que rechaza los coqueteos de la barata propaganda social.

Su sinceridad intachable al criticar a la alta sociedad chilena al fin y al cabo resulta un verdadero patriotismo. Y para su mayor honor de artista ha sabido dar en sus libros vida orgánica a toda una época de su patria.

## BIBLIOGRAFIA DE ORREGO LUCO

### I. NOVELA Y CUENTO

- Páginas americanas.*: Madrid, Sucesores de Rivadencira, 1892. 237 pp.  
*Escenas de la vida en Chile: Un idilio nuevo.* Santiago, Impr. Moderna, 1900, 2 tomos.  
—Segunda edición. Santiago, Zig-Zag, 1913. 2 tomos.  
*Episodios nacionales de la independencia de Chile. 1810: Memorias de un voluntario de la Patria Vieja.* Santiago, Impr. Lit. y Enc. Barcelona, 1905, 247 pp.  
*Escenas de la vida en Chile: Casa grande.* Santiago, Zig-Zag, 1908. 2 tomos. hubo dos reimpresiones en 1908.  
Edición llamada «tercera» por la casa editorial. Santiago, Nascimento, 1934, 359 pp.  
*Recuerdos del tiempo viejo (1886). En familia.* Santiago, Zig-Zag, 1912. 258 pp.  
*Recuerdos del tiempo viejo. La Revolución del 91: Al través de la tempestad* Santiago, Impr. Universal, 1914. 2 tomos.  
*De la vida que pasa...* Santiago, Impr. Universal, 1918. 244 pp.  
*El tronco herido: Escenas de la vida en Chile.* Santiago, Impr. Universitaria, 1929, 276 pp.

### II. OTROS

- El Gobierno local y la descentralización (Europa-Estados Unidos-Chile).* Santiago, Impr. «La Epoca», 1890. 191 pp.  
*Pandereta.* Santiago, Impr. Cervantes, 1896. 290 pp.  
*Un mundo muerto. La antigua Roma (Recuerdos de Italia en 1893).* Santiago R. Donoso y Cía. 1897. 292 pp.  
*Los problemas internacionales de Chile; la cuestión boliviana.* Santiago, Impr. Mejía, 1900. 322 pp.  
*Los problemas internacionales de Chile; la cuestión peruana.* Santiago, Impr. Cervantes, 1901. 287 pp.

- Los problemas internacionales de Chile; el arbitraje obligatorio.* Santiago, Impr. Mejía, 1901. 207 pp.
- Los problemas internacionales de Chile. La cuestión argentina. La Patagonia hasta el tratado de 1881.* Santiago, Impr. Esmeralda, 1902. 335 pp.
- Los problemas internacionales de Chile; la cuestión argentina, el tratado de 1881 y negociaciones posteriores.* Santiago, Impr. Esmeralda, 1902. 268 pp.
- Chile: descripción física, política, social, industrial y comercial de la República de Chile.* Santiago, C. Tornero, 1903. Colaboración con Augusto Orrego Cortés, Carlos Silva Vildósola, Ricardo Montaner Bello y Dr. Juan Tornero. 2312 pp.
- Chile contemporáneo.* Santiago, Impr. Cervantes, 1904. 232 pp.
- Obras de Isidoro Errázuriz, discursos parlamentarios; introducción y estudio preliminar de Don Luis Orrego Luco.* Santiago, Impr. Barcelona, 1910. 2 tomos.